

eran; antes dijeron que habian hecho compañía en todo, con que Albarado prosiguiese el descubrimiento por mar, y ellos las conquistas de tierra; y con esto no hubo escándalo ninguno. Aceptó Albarado este partido, por no ver tan rica tierra como le decian; y Almagro ganó mucho en darle tantos dineros.

La muerte de Quizquiz.

No tuvo Almagro de qué pagar los cien mil pesos de oro á Pedro de Albarado por su armada en cuanto se halló en aquella conquista, aunque hubieran en Caramba un templo chapado de plata; ó no quiso sin Pizarro, ó por llevarlo primero donde no pudiese deshacer la venta; así que se fueron ambos á Sant Miguel de Tangarara. Albarado dejó muchos de su compañía á poblar en Quito con Benalcázar, y llevó consigo los mas y mejores. Benalcázar pasó mucho trabajo en su conquista, así por ser la gente muy guerrera, que tambien pelean con honda las mujeres como sus maridos. Almagro y Albarado supieron en Tumbamba cómo Quizquiz iba huyendo de Soto y de Juan y de Gonzalo Pizarro, que lo perseguían á caballo, y que llevaba una gran presa de hombres y ovejas, y mas de quince mil soldados. Almagro no lo creyó, ni quiso llevar los cañares que se le ofrecían dar en las manos á Quizquiz con todo su ejército y cabalgada. Cuando llegaron á Chaparra toparon á deshora con Sotaurco, que iba con dos mil hombres descubriendo el camino á Quizquiz, y prendieron peleando. Sotaurco dijo cómo Quizquiz venia detras una gran jornada con el cuerpo del ejército, y á los lados y espaldas cada dos mil hombres recogiendo vituallas, que así acostumbraba caminar en tiempo de guerra. Agujaron presto los de caballo, por llegar á Quizquiz antes que la nueva. Era el camino tan pedregoso y cuesta abajo, que se desherraron casi todos los caballos. Herráronse á media noche con lumbre, y aun con miedo no los tomasen los enemigos embarazados. Otro día en la tarde llegaron á vista del real de Quizquiz; el cual, como los vió, se fué con el oro y mujeres por una parte, y echó por otra que muy agra era toda la gente de guerra con Guaypalcon, hermano de Atabaliba. Guaypalcon se hizo fuerte en unas altas peñas, y echaba galgas, que dañaron mucho á los nuestros. Mas fué luego aquella noche, porque se vió sin comida y atajado. Corrieron tras él los de caballo, y no lo pudieron desbaratar, aunque le mataron algunos. Quizquiz y Guaypalcon se juntaron y se fueron á Quito, pensando que pocos ó ningunos españoles quedarán allá, pues venían allí tantos. Hubieron un rencuentro con Sebastian de Benalcázar, y fueron perdidosos. Dijeron los capitanes á Quizquiz que pidiese paz á los españoles, pues eran invencibles, y que le guardarian amistad, pues eran hombres de bien, y no tentase mas la fortuna, que tanto los perseguía. El los amenazó porque mostraban cobardía, y mandó que le siguiesen para rehacerse. Replicaron ellos que diese batalla, pues les sería mas honra y descanso morir peleando con los enemigos que de hambre por los despoblados. Quizquiz los deshonró por esto, jurando de castigar los amotinadores. Guaypalcon entonces le tiró un bote de lanza por los pechos; acudieron luego con hachas y porras otros muchos, y ma-

taronlo; y así acabó Quizquiz con sus guerras, que tan famoso capitán fué entre orejones.

Albarado da su armada y recibe cien mil pesos de oro.

A pocas leguas de camino, ya que Quizquiz iba huyendo, toparon nuestros españoles su retaguarda, que como los vió se puso á defender que no pasasen un río. Eran muchos, y unos guardaron el paso y otros pasaron el río por muy arriba á pelear, pensando matar y tomar en medio los cristianos. Tomaron una serrezuela muy áspera por ampararse de los caballos. Y allí pelearon con ánimo y ventaja. Mataron algunos caballos, que con la maleza de la tierra no podían revolverse; é hirieron muchos españoles, y entre ellos á Alonso de Albarado, de Búrgos, en un muslo, que se le pasaron, y áina mataron á Diego de Almagro. Quemaron la ropa que no pudieron llevar. Dejaron quince mil ovejas y cuatro mil personas que por fuerza llevaban, y subiéronse á lo alto. Eran las ovejas del sol; ca tenían los templos, cada uno en su tierra, grandes rebaños de ellas. Y nadie las podía matar, so pena de sacrilegio, salvo el Rey en tiempo de guerra y caza. Inventaron esto los reyes del Cuzco para tener siempre bastimento de carne en las continuas guerras que hacían. Llegados que fueron los nuestros á Sant Miguel, despachó Albarado á Garcí Holguín á Puerto-Viejo, á entregar los navios de su flota á Diego de Mora, capitán de Almagro; el cual entonces hizo grandes dádivas y socorros en dineros, armas y caballos á los suyos y á los de Albarado. Fundó luego á Trujillo, como Pizarro escribió. Dejó por teniente á Miguel de Astete, y vino á Pachacama, donde Francisco Pizarro recibió muy bien á Pedro de Albarado, y le pagó de contado los cien mil pesos de oro que Almagro prometió por la flota. No faltaron ruinas que dijese á Pizarro prendiese á Albarado por haber entrado con mano armada en su jurisdicción, y lo enviase á España, y que no le pagase; é ya que pagar le quisiese, no le diese sino cincuenta mil pesos, pues mas no valían los navios; dos de los cuales eran suyos. Pizarro no lo quiso hacer, antes le dió otras muchas cosas y lo dejó ir libremente, como supo estar las naos en Sant Miguel y en poder de Diego de Mora. Fué Albarado á Cuauhquemallan casi solo, y quedaron en el Perú los suyos, que como eran nobles y valientes, y aun bravosos, llegaron á ser después muy principales en aquella tierra.

Nuevas capitulaciones entre Pizarro y Almagro.

Francisco Pizarro pobló tras esto la ciudad de los Reyes, á la ribera de Lima, río fresco y apacible, cuatro leguas de Pachacama, y cerca de la mar. Pasó á ella los vecinos de Jatija, que no era tan buena vivienda. Envió al Cuzco á Diego de Almagro con muchos españoles, á regir la ciudad. Y él fué á Trujillo á repartir la tierra é indios entre los pobladores. Tuvo nueva y cartas Almagro, estando en el Cuzco, de cómo el Emperador le habia hecho mariscal del Perú y gobernador de cien leguas de tierra, mas adelante que Pizarro gobernaba; y quiso serlo luego y antes de tener la provision. Y como el Cuzco no entraba en la gobernación de Pizarro, y habia de caer en la suya, comenzó á repartir la tierra, y mandar y vedar por sí, dejando los poderes del

Vuelta de Fernando Pizarro al Perú.

compañero y amigo; y le faltaron para ello favor y consejo de muchos, entre los cuales era Hernando de Soto. Envió corriendo Pizarro á Verdugo con poder para Juan Pizarro y revocacion de Almagro. Contradiéronle reciamente Juan y Gonzalo Pizarro y los mas del regimiento; y así, no salió con su intento. Llegó Pizarro en esto por la posta, y apaciguólo todo amigablemente. Juraron de nuevo sobre la hostia consagrada Pizarro y Almagro su vieja compañía y amistad, y concertaron que Almagro fuese á descubrir la costa y tierra de hácia el estrecho de Magallanes, porque decían los indios ser muy rica tierra el Chili, que por aquella parte estaba; y que si buena y rica tierra hallase, que pedirían la gobernación della para él, y si no, que partirían la de Pizarro, como la demás hacienda, entre sí; harto buen concierto era, si engañoso no fuera. Juraron empero entrambos de nunca ser el uno contra el otro, por bien ni mal que les fuese, y aun afirman muchos que dijo Almagro cuando juraba, que Dios le confundiese cuerpo y alma si lo quebrantaba, ni entraba con treinta leguas en el Cuzco, aunque el Emperador se lo diese. Otros, que dijo: «Dios le confunda el cuerpo y alma al que lo quebrantare.»

La entrada que Diego de Almagro hizo al Chili.

Aderezóse Almagro para ir al descubrimiento de Chili, como estaba concertado. Dió y emprestó muchos dineros á los que iban con él, porque llevasen buenas armas y caballos; y así, juntó quinientos y treinta españoles muy lucidos, y que de buena gana querían ir tan lejos por su liberalidad, y por la gran fama de oro y plata de aquellas tierras. Muchos tambien hubo que dejaron su casa y repartimientos por ir con él, pensando mejorarlos. Almagro pues dejó allí en el Cuzco á Juan de Rada, criado suyo, haciendo mas gente. Envió delante á Juan de Saavedra, de Sevilla, con ciento, y él partióse luego con los otros cuatrocientos y treinta, y con Paulo y Villaoma, gran sacerdote, Filipillo y otros muchos indios honrados y de servicio y carga. Topó Saavedra en los Charcas ciertos chileses, que traían al Cuzco, no sabiendo lo que pasaba, su tributo en tejuelas de oro fino, que pesaron ciento y cincuenta mil pesos. Fué principio de jornada, si tal fin tuviera. Quiso prender allí al capitán Grabiél de Rojas, que por Pizarro estaba. Mas él se guardó, y se volvió al Cuzco por otro camino con su gente. De los Charcas al Chile pasó Almagro mucho trabajo, hambre y frio; ca peleó con grandes hombres de cuerpo, y diestros flecheros. Hicéronse muchos hombres y caballos, pasando unas grandes sierras nevadas, donde tambien perdió su fardaje. Halló rios que corren de día, y no de noche, á causa que las nieves se derriten con el sol, y se hielan con la luna. Visten los de Chile cueros de lobos marinos, son altos y hermosos, usan arcos en la guerra y caza; es la tierra bien poblada y del temple que nuestra Andalucía, sino que allá es noche cuando acá día, y su verano cuando nuestro invierno. En fin, podemos decir que son antípodas nuestros. Hay muchas ovejas, como en el Cuzco, y muchos avestruces. Españoles los mataban á caballo, poniéndose en paradas; que un caballo no corre tanto como trota un avestruz.

Poco después que Almagro se partió á Chili, llegó Fernando Pizarro á Lima, ciudad de los Reyes. Llevó á Francisco Pizarro título de marqués de los Atavillos, y á Diego de Almagro la gobernación del nuevo reino de Toledo, cien leguas de tierra, contadas de la raya de la Nueva-Castilla, jurisdicción y distrito de Pizarro, hácia el sur y levante. Pidió servicio á los conquistadores para el Emperador, que decia pertenecerle, como á rey, todo el rescate de Atabaliba, que tambien era rey. Ellos respondieron que ya le habian dado su quinto, que le venia de derecho, y áina hubiera motin, porque los motejaban de villanos en España y corte, y no merecedores de tanta parte y riquezas; y no digo entonces, però antes y después lo acostumbran decir acá, los que no van á Indias; hombres que por ventura merecen menos lo que tienen, y que no se habian de escuchar. Francisco Pizarro los aplacó, diciendo que merecian aquello por su esfuerzo y virtud, y tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al rey don Pelayo y á los otros reyes, á ganar á España de los moros. Dijo á su hermano que buscara otra manera para cumplir lo que habia prometido, pues ninguno queria dar nada, ni él les tomara lo que les dió. Fernando Pizarro entonces tomaba un tanto por ciento de lo que hundian; por lo cual incurrió en gran odio de todos; mas él no alzó la mano de aquello, antes se fué al Cuzco á otro tanto, y trabajó de ganar la voluntad á Mango inga, para sacarle alguna gran cuantía de oro para el Emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronacion, del turco en Viena, y de Túnez; y para sí tambien.

La rebelion de Mango, inga, contra españoles.

Mango, hijo de Guaynacapa, á quien Francisco Pizarro dió la borla en Vilcas se mostró bullicioso y hombre de valor, por lo cual fué metido en la fortaleza del Cuzco en prisiones de hierro. Mas desde allí, y aun antes que le prendiesen, tramó de matar los españoles y hacerse rey como su padre fué. Hizo hacer muchas armas de secreto y grandes sementeras para tener el pan abasto en las guerras y cercos que poner esperaba. Concertó con su hermano Paulo, con Villaoma y Filipillo, que matasen á Diego de Almagro con todos los suyos en los Charcas, ó donde mas aparejo hallasen, que así haria él á Pizarro, y á cuantos estaban en Lima, Cuzco y las otras poblaciones. No podia Mango ejecutar su propósito, estando preso; y rogó á Juan Pizarro, que conquistando andaba el Collao, lo soltase antes que viniese Fernando Pizarro, prometiendo ser muy leal y obediente al Gobernador. Comose vió suelto, hizo se muy familiar de Fernando Pizarro, que le pidia dineros, para huir del Cuzco á su salvo con su amistad y favor. Así que, pidió licencia á Fernando Pizarro para ir á una solemne fiesta que se hacia en Hincay, y que le traería de allá una estatua de oro maciza, que al propio y tamaño de su padre estaba labrada. Fué la semana santa del año de 1536. Cuando en Hincay estuvo, mofaba y blasfemaba de los españoles. Convocó muchos señores y otras personas, y dió conclusion en el alzamiento que pensaba. Hizo matar muchos españoles que andaban

en las minas, y cuantos indios los servian. Envió un capitán con buen ejército al Cuzco; el cual llegó, y entró tan súbito, que tomó la fortaleza, sin que los españoles estorbarlo pudiesen, y la sostuvo seis ó siete días. En fin de los cuales la recobraron los nuestros, peleando reciamente. Murieron sobre ella algunos, y Juan Pizarro de una pedrada que de noche le dieron en la cabeza. Sobrevino Mango, cercó la ciudad, púsole fuego, y combatíala cada lleno de luna.

Almagro tomó por fuerza el Cuzco á los Pizarros.

Estando Almagro guerreando á Chile, llegó Joan de Rada con las provisiones de su gobernación, que había traído Fernando Pizarro; con las cuales, aunque le costaron la vida, se holgó mas que con cuanto oro ni plata había ganado; ca era codicioso de honra. Entró en consejo con sus capitanes sobre lo que hacer debía, y resumióse, con parecer de los mas, de volver al Cuzco á tomar en él, pues en su jurisdicción cabía, la posesión de su gobernación. Bien hubo muchos que le dijeron y rogaron poblase allí ó en los Chareas, tierra riquísima, antes de ir; y enviase á saber entre tanto la voluntad de Francisco Pizarro y del cabildo del Cuzco, porque no era justo descompadrar primero. Quien mas atizó la vuelta fueron Gomez de Albarado, Diego de Albarado y Rodrigo Orgoños, su amigo y privado. Almagro, en fin, determinó de volver al Cuzco á gobernar por fuerza, si de grado los Pizarros no quisiesen, y tambien porque decian estar alzado el Inga; lo cual se publicó por huir del campo Paulo y Villaoma, no hallando gente ni coyuntura para matar los cristianos, como traian urdido. Almagro envió tras Filipillo, que como participante de la conjuración, tambien huyera; y hizolo cuartos porque no lo avisó y porque se pasó á Pedro de Albarado en Liribamba. Confesó el malvado, al tiempo de su muerte, haber acusado falsamente á su buen rey Atabaliba, por jacer seguro con sus mujeres. Era un mal hombre Filipillo de Puechos; liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y sangre, y poco cristiano, aunque bautizado. Tuvo Almagro muchos trabajos á la vuelta; comió los caballos que se murieron á la ida, cosa bien de notar, porque al cabo de cuatro meses ó mas tiempo, estaban por corromper, y tan frescos, según dicen, como recién muertos. Estábanse tambien los españoles arrimados á las peñas con las riendas en las manos, que parecian vivos. Proveyó de agua su ejército en los despoblados con ovejas, que llevaban á cuatro y mas arrobas della en odres y zaques de otras ovejas, y aun muchos españoles fueron cabalgando en ellas; aun que no es caballería, para su cólera. Maravilláronse mucho los de Almagro, cuando al Cuzco llegaron, en lo ver cercado de indios; y él trató con el Inga la paz, diciendo, si alzaba el cerco, que le perdonaria lo hecho, como gobernador, y si no, que lo destruiria; que á eso venia. Mango respondió que se viesen, y que holgaba de su venida y gobernación. Almagro, sin pensar en la malicia, fué á recaudo por otros inconvenientes, dejando en guarda de su real á Juan de Saavedra. Fernando Pizarro, que supo estas vistas, salió á hablar con Saavedra. Dábale cincuenta mil castellanos porque se metiese con él dentro el Cuzco. No le osó enojar, que tenia

mucha gente y muy fuerte plaza; y tornóse bien triste y desconfiado. Tampoco pudo Mango prender á Almagro, y perdió esperanza de recobrar el Cuzco. E porque no le tomasen entre puertas los de Almagro y Pizarro, dejó el cerco y fuése á los Andes, que llaman, una gran montaña sobre Guamanga. Llegó Almagro su ejército al Cuzco, las banderas altas. Requirió al regimiento y hermanos de Francisco Pizarro que lo rescibiesen luego pacificamente por gobernador, conforme á las provisiones reales del Emperador. Fernando Pizarro, que mandaba, respondió que sin voluntad de Francisco Pizarro, gobernador de aquella tierra, por cuyo poder él allí estaba, no podia ni debía, según honra y conciencia, admitirlo por gobernador. Mas, si entrar queria como privado y particular, que lo aposentaria muy bien con todos los que traia; y entre tanto avisarian á su hermano, si vivo era, que estaba en los Reyes, de su llegada y pedimiento; y que confiaba en su antigua y buena amistad que se conformarian, declarando la raya y mojones de cada gobernación á dicho de sabios cosmógrafos. Tuvo Almagro por dilación esta respuesta, y insistió en su demanda; y como hallaba contraste en Fernando Pizarro, entróse dentro una noche de gran niebla y oscuridad. Cercó la casa donde los Pizarros y cabildo estaban fuertes, y púsole fuego porque no se daban. Ellos por no quemarse rindiéronse. Echó Almagro presos á Fernando y Gonzalo Pizarro y á otros. El regimiento y vecinos lo rescibieron luego en siendo de dia por gobernador. Dicen unos que Almagro quebró las treguas que habían puesto, para entre tanto esperar la respuesta de Francisco Pizarro; otros, que no las hubo ni las quiso, porque no le habían de rescibir sino por fuerza; otros, que tuvo favor de los vecinos para entrar; y como fueron bandos, cada uno habla en favor del suyo. Y es cierto que por fuerza entró, y que murieron dos españoles, uno de cada parte; y que Almagro matara á Fernando Pizarro, según voluntad de casi todos, sino por Diego de Albarado. Esto y el alzamiento del Inga, pasó año de 1536, sin que Francisco Pizarro lo supiese.

Los muchos españoles que indios mataron por socorrer el Cuzco.

Bien temió Pizarro cuando supo la rebelión del Inga y el cerco del Cuzco; mas no pensó al principio que tan de veras era, ni con tanta gente como fué; y así, envió luego á Diego Pizarro con setenta españoles, que los mas eran peones. A todos los cuales mataron indios en la cuesta de Pareos, cincuenta leguas del Cuzco; mataron ansimesmo al capitán Morgovejo con muchos españoles que al socorro llevaba, en un mal paso donde los atajaron; hicieron el estrago con galgas, que no se atrevieron venir á las lanzadas. Algunos se escaparon con la oscuridad de la noche, mas ni pudieron ir al Cuzco ni toraar á los Reyes; envió tambien Pizarro á Gonzalo de Tapia con otros ochenta españoles, y tambien los mataron indios de puro cansados. Mataron eso mesmo al capitán Gaete con cuarenta españoles en Jauja. Pizarro estaba espantado cómo no le escribian sus hermanos ni aquellos sus capitanes, y temiendo el mal que fué, despachó cuarenta de caballo con Francisco de Godoy,

para que le trajese nuevas de todo; el cual volvió, como dicen, rabo ante piernas, trayendo consigo dos españoles de Gaete que se habían escapado á una de caballo, y que dieron á Pizarro las malas nuevas; las cuales lo pusieron en muy gran cuita. Llegó luego á los Reyes huyendo Diego de Agüero, que dijo cómo los indios andaban todos en armas y le habían querido quemar en sus pueblos, y que venia muy cerca un gran ejército dellos. Nueva que atemorizó mucho la ciudad, y tanto mas, cuanto menos españoles habia; Pizarro envió á Pedro de Lerma de Búrgos, con setenta de caballo y muchos indios amigos ó cristianos á estorbar que los enemigos no llegasen á los Reyes, y él salió detrás con los demás españoles que allí habia. Peleó Lerma muy bien, y retrajo los enemigos á un peñol, y allí los acabaron de vencer y deshacer si Pizarro á recoger no tardara. Murió aquel día y batalla un español de caballo, fueron heridos muchos otros, y á Pedro de Lerma quebraron los dientes; los indios dieron muchas gracias al sol, que los escapó de tanto peligro, haciéndole grandes sacrificios y ofrendas, y pasaron su real una sierra cerca de los Reyes, el río en medio, do estuvieron diez dias haciendo arremetidas y escaramuzas con españoles; que con otros indios no querian, y muchos indios cristianos, mozos de españoles, iban á comer y estar con los contrarios, y aun á pelear contra sus amos, y se tornaban de noche á dormir en la ciudad.

El socorro que vino de muchas partes á Francisco Pizarro.

Como Pizarro se vido cercado, y muertos cerca de cuatrocientos españoles y docientos caballos, temió la turba y muchedumbre de los enemigos, y aun creyó que habían muerto á Diego de Almagro en Chili, y á sus hermanos en el Cuzco. Envió á decir á Alonso de Albarado que dejase la conquista de los cachapoyas y se viniese luego con toda su gente á socorrerle; envió un navío á Trujillo para en que llevasen de allí las mujeres, hijos y hacienda, mandando á los hombres desampararen el lugar y viniesen á los Reyes; despachó á Diego de Ayala en los otros navíos á Panamá, Nicaragua y Cuauhtemallan por socorro, y escribió á las islas de Santo Domingo y Cuba, y á todos los otros gobernadores de Indias, el estrecho en que quedaba. Alonso de Fuenmayor, presidente y obispo de Santo Domingo, envió con Diego de Fuenmayor, su hermano, natural de Yaguas, muchos españoles arcabuceros que habían llegado entonces con Pedro de Veragua; Fernando Cortés envió, con Rodrigo de Grijalva, en un propio navío suyo, desde la Nueva-España, muchas armas, tiros, jaeces, aderezos, vestidos de seda y una ropa de martas; el licenciado Gaspar de Espinosa llevó de Panamá, Nombre de Dios y Tierra-Firme, buena copia de españoles; Diego de Ayala volvió con harta gente de Nicaragua y Cuauhtemallan. Tambien vinieron otros de otras partes, y así tuvo Pizarro un florido ejército y mas arcabuceros que nunca; y aunque no los hubo mucho menester para contra indios, aprovecháronle infinito para contra Diego de Almagro, como después dirémos; por lo cual acertó á pedir estos socorros, aunque fué notado entonces de pusilanimidad por pedirlos.

Dos batallas con indios, que Alonso de Albarado dió y venció.

A la hora que Alonso de Albarado rescibió las cartas de Pizarro, en que lo llamaba para socorro, dejó la empresa de los cachapoyas, que muy adelante iba, y se fué á Trujillo, que camino era para los Reyes. Hizo quedar los vecinos, que ya tenían fuera su hato y mujeres, y se querian ir á Pizarro, desamparando la ciudad; llegó á los Reyes con alegría de todos, por ser el primero que al socorro venia, y Pizarro lo hizo su capitán general, quitando el cargo á Pedro de Lerma, el cual lo tuvo á deshonra, y como valiente y que lo había hecho bien, desmandóse de lengua; era de Búrgos, y conocia al Albarado. Descansó Albarado, y aderezó trecientos españoles á pié y á caballo para echar de allí los indios, y no parar hasta los deshacer y destruir y descercar el Cuzco, no sabiendo lo que allí pasaba entre los españoles; hubo una batalla cerca de Pachacama con Tizoyo, capitán general de Mango, y aun dicen que se halló en ella el mesmo Mango inga, la cual fué muy recia y sangrienta, ca los indios pelearon como vencedores, y los españoles por vencer; en Jauja lo alcanzó Gomez de Tordoya de Barcarota, con docientos españoles que Pizarro le enviaba para engrosar el campo. Albarado caminó sin embarazo hasta Lumichaca, puente de piedra, con todos quinientos españoles; allí cargaron muchísimos indios, pensando matar los cristianos al paso, á lo menos desbaratillos; mas Albarado y sus compañeros, aunque rodeados por todas partes de los enemigos, pelearon de tal manera, que los vencieron, haciendo en ellos muy gran matanza. Costaron estas batallas hartos españoles, y muchos indios amigos, que los servian y ayudaban; de Lumichaca á la puente de Abancay, que habrá veinte leguas, hubo muchas escaramuzas, mas no que de contar sean; supo Albarado allí las revueltas y mudanzas del Cuzco y la prisión de Fernando y Gonzalo Pizarro, y paró á esperar lo que Pizarro mandaba sobre aquello, pues ya los indios eran idos del Cuzco; fortificó su real entre tanto que la respuesta é instruccion venia, por amor de muchos indios que bullian por allí con Tizoyo y Mango, y por si viniese Almagro.

Almagro prende al capitán Albarado, y rehusa los partidos de Pizarro.

Como Almagro entendió que Albarado estaba con tanta gente y pujanza en Abancay, pensó que iba contra él, y apercibióse; envióle á requerir con las provisiones, no estuviere con ejército en su gobernación, ó le obedeciese. Albarado prendió á Diego de Albarado con otros ocho españoles, que fué al requerimiento, y respondió que las habían de notificar á Francisco Pizarro, y no á él; Almagro se volvió del camino, que tambien salió con gente, no tornando sus mensajeros, á guardar el Cuzco, ca podia ir Albarado allá por otro cabo. Mas luego tuvo aviso y cartas que Pedro de Lerma se le queria pasar con mas de sesenta compañeros, por enojo que tenia de Pizarro, por haberle quitado el cargo de capitán general y haberlo dado al Alonso de Albarado, y tornó con ejército sobre Albarado, y prendió á Perálvarez Holguin, que andaba corriendo el campo en una celada. Albarado desque lo supo, quiso prender á Pedro de Lerma; empero él se huyó del real aquel

mesmo punto de la noche, con las firmas de sus amigos, que á ellos no pudo llevar por la prisa; llegó Almagro con la escuridad á la puente, sabiendo que le aguardaban Gomez de Tordoya y Villalva y otros, y echó buena parte de los suyos por el vado, á do estaban los que se le habian de pasar. Cuando Albarado sintió los enemigos en el real, comenzó á pelear tocando al arma; pero como tenia muchos guardando los pasos fuera del fuerte, y muchos sin picas, que se las habian echado al rio los amigos de Lerma, no pudo resistir la carga del contrario, y fué roto y preso sin sangre ninguna, aunque de una pedrada quebraron los dientes á Rodrigo de Orgoños. Recogió Almagro el campo, y tornóse al Cuzco, tan ufanos los suyos, que decian que no dejarían pizarra ninguna en todo el Perú en que tropezar, y que se fuese Francisco Pizarro á gobernar los manglares de la costa. Usó Almagro de la victoria piadosamente, aunque dicen que trataba mal los prisioneros. Pizarro, que iba con seiscientos españoles á descercar el Cuzco, supo en Nasca cuanto atrás dicho habemos, é hizo gran sentimiento dello, y volvióse á los Reyes para aderezarse mejor, si guerra hubiese de haber; ca el competidor era recio, y tenia muchos españoles. Entre tanto que se apercebia quiso concertarse de bien á bien, pues era mejor mala concordia que próspera guerra, y envió al licenciado Gaspar de Espinosa á lo negociar; el cual se declaró, porque otros no gozasen sus trabajos las manos enjutas, á que fuesen amigos, y que Almagro soltase á Fernando y Gonzalo Pizarro y á Alfonso de Albarado, y se estuviere en el Cuzco gobernando, sin bajar á los llanos, hasta tener declaracion por el Emperador de lo que cada uno hubiese de gobernar. Murió el licenciado entendiendo en esto, y aun pronosticando la destruccion y muertes de ambos gobernadores. Almagro, con la pujanza y consejeros que tenia, rehusó aquel partido, diciendo que habia de dar, y no tomar, leyes en su jurisdiccion y prosperidad. Dejó á Grabel de Rojas en guarda del Cuzco y de los presos, y llevando consigo á Fernando Pizarro, bajó con ejército y quinto del Rey á la marina. Hizo un pueblo en término de los Reyes, como en posesion, y asentó el real en Chinchá.

Vistas de Almagro y Pizarro en Mala sobre concierto.

Sabiendo esto Pizarro, sonó atambor en los Reyes, dió grandes pagas y ventajas, y juntó mas de setecientos españoles con muchos caballos y arcabuces, que daban reputacion al ejército; y casi toda esta gente era venida y llamada contra indios en socorro del Cuzco y de los Reyes. Hizo capitanes de arcabuceria á Nuño de Castro y á Pedro de Vergara, que la trajera de Flándes, donde casado estaba; hizo capitan de piqueros á Diego de Urbina, y de caballos á Diego de Rojas y á Peranzures y á Alonso de Mercadillo. Puso por maestre de campo á Pedro de Valdivia, y por sargento mayor á Antonio de Villalva; estando en esto, llegaron Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado, é hizolos generales, á su hermano de la infantería, y al otro de la caballería. Estaban presos en el Cuzco, sobornaron hasta cincuenta soldados, y con su ayuda salieron de la prision, quitaron las sogas de las campanas porque no repicasen tras ellos, y huyeron á caballo con aquellos cincuenta y con Gra-

biel de Rojas, que prendieron; publicaba Pizarro que hacia esta gente para su defensa como hombre acometido, y habló en concierto á consejo de muchos. Almagro vino luego tambien en ello, y envió con poder para tratar del negocio á don Alonso Enriquez, Diego de Mercado, fator, y Juan de Guzman, contador. Hablaron con Pizarro, y él lo comprometió en Francisco de Bobadilla, provincial de la merced, y ellos en fray Francisco Husando; los cuales sentenciaron que Almagro soltase á Fernando Pizarro y restituyese al Cuzco; que deshiciesen entrambos los ejércitos, enviasen la gente á conquististas, escribiesen al Emperador, y se viesen y hablases en Mala, pueblo entre los Reyes y Chinchá, con cada doce caballeros, y que los frailes se hallasen á las pláticas. Almagro dijo que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenia por muy grave la sentencia, y cuando se partió á las vistas con doce amigos encomendó á Rodrigo Orgoños, su general, que con el ejército estuviese á punto, por si algo Pizarro hiciese, y matase á Fernando Pizarro, que le dejaba en poder, si á él fuerza le hiciesen. Pizarro fué al puesto con otros doce, y tras él Gonzalo Pizarro con todo el campo; si lo hizo con voluntad de su hermano ó sin ella, nadie creo que lo supo. Es empero cierto que se puso junto á Mala, y que mandó al capitan Nuño de Castro se emboscase con sus cuarenta arcabuceros en un cañaveral junto al camino por donde Almagro tenia de pasar; llegó primero á Mala Pizarro, y en llegando Almagro, se abrazaron alegremente y hablaron en cosas de placer. Acercóse uno de Pizarro, antes que comenzasen negocios, á Diego de Almagro, y díjole al oido que se fuese luego de allí, ca le iba en ello la vida; él cabalgó presto y volvióse sin hablar palabra en aquello ni en el negocio á que viniera. Vió la emboscada de arcabuceros, y creyó; quejóse mucho de Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decian que de Pilatos acá no se habia dado sentencia tan injusta. Pizarro, aunque le aconsejaban que lo prendiese, lo dejó ir, diciendo que habia venido sobre su palabra, y se disculpó mucho en que ni mandó venir á su hermano, ni sobornó los frailes.

La prision de Almagro.

Aunque las vistas fueron en vano y para mayor odio é indignacion de las partes, no faltó quien tornase á entender muy de veras y sin pasion entre Pizarro y Almagro. Diego de Albarado en fin los concertó, que Almagro soltase á Fernando Pizarro, y que Francisco Pizarro diese navío y puerto seguro á Almagro, que no lo tenia, para que libremente pudiese enviar á España sus despachos y mensajeros; que no fuese ni viniese uno contra otro, hasta tener nuevo mandado del Emperador. Almagro soltó luego á Fernando Pizarro sobre pleitesia que hizo, á ruego y seguro de Diego de Albarado; aunque Orgoños lo contradijo muy mucho, sospechando mal de la condicion áspera de Fernando Pizarro, y el mismo Almagro se arrepintió y lo quisiera detener. Mas acordó tarde, y todos decian que aquel lo habia de revolver todo, y no erraron; ca suelto él, hubo grandes y nuevos movimientos, y aun Pizarro no anduvo muy llano en los coheciertos, porque ya tenia una provision real en que mandaba el Emperador que cada

uno de ellos fuese y como la tal provision notificada les fuese, aunque tuviese cualquiera dellos la tierra y jurisdiccion del otro. Pizarro pues, que tenia libre y por consejero á su hermano, requirió á Almagro que saliese de la tierra que habia él descubierta y poblado, pues era ya venido nuevo mandamiento del Emperador. Almagro respondió, leida la provision, que la oia y cumplia estándose quedado en el Cuzco, y en los otros pueblos que al presente poseia, segun y como el Emperador mandaba y declaraba por aquella su real cédula y voluntad, y que con ella mesma le requeria y rogaba lo dejase estar en paz y posesion como estaba. Pizarro replicó que teniendo él poblado y pacifico el Cuzco, se lo habia tomado por fuerza, diciendo que caia en su gobernacion del nuevo reino de Toledo; por tanto, que luego se lo dejase, y se fuese; si no, que lo echaria, sin quebrar el pleito homenaje que habia hecho, pues teniendo aquella nueva provision del Rey, era cumplido el plazo de su pleitesia y concierto. Almagro estuvo firme en su respuesta, que concluia llanamente; y Pizarro fué con todo su ejército á Chinchá, llevando por capitanes los que primero, y por consejero á Fernando Pizarro, y por color que iba á echar sus contrarios de Chinchá que manifiestamente era de su gobernacion. Almagro se fué la via del Cuzco por no pelear; empero como lo siguian, cortó muchos pasos del mal camino, y reparó en Gaitara, sierra alta y áspera. Pizarro fué tras él, que tenia mas y mejor gente; y una noche subió Fernando Pizarro con los arcabuceros aquella sierra, que le ganaron el paso. Almagro entonces, que malo estaba, se fué á gran prisa, y dejó á Orgoños detrás, que se retirase concertadamente y sin pelear. El lo hizo como se lo mandó; aunque, segun Cristóbal de Sotelo y otros decian, mejor hiciera en dar batalla á los pizarristas, que se marearon en la sierra; ca es ordinario á los españoles que de nuevo ó recién salidos de los calurosos llanos suben á las nevadas sierras, marearse. Tanta mudanza hace tan poca distancia de tierra. Así que Almagro, recogida su gente al Cuzco, quebró las puentes, labró armas de plata y cobre, arcabuces, otros tiros de fuego, basteció de comida la ciudad, y reparó de algunos fosados. Pizarro se volvió á los llanos por el inconveniente que digo, y dende á dos meses á los Reyes; empero solo, porque envió todo su ejército al Cuzco, con achaque de restituir en sus casas y repartimientos á ciertos vecinos que Almagro habia despojado, y para esto hizo justicia mayor á Fernando Pizarro, que gobernaba el campo, siendo general su hermano Gonzalo. Fué pues Fernando Pizarro al Cuzco por otro camino que Almagro, y llegó allá á los 26 de abril de 1538 años. Almagro, que tan determinados los vió venir, metió los aficionados á Pizarro en dos cubos de la fortaleza, donde algunos se ahogaron, de muy apretados. Envío al encuentro á Rodrigo Orgoños con toda su gente, y muchos indios, ca él no podia pelear, de flaco y enfermo. Orgoños se puso en el camino real entre la ciudad y la sierra, orilla de una ciénaga. Puso la artillería en conveniente parte, y los caballos tambien, que llevaban á cargo Francisco de Chaves, Vasco de Guevara y Juan Tello. Por hácia la sierra echó muchos indios con algunos españoles que socorriesen á la mayor necesidad y

HA. peligro. Fernando Pizarro, dicha la misa, bajó al llano en ordenanza, con pensamiento de tomar un alto que sobre la ciudad estaba, y que no lo aguardarian los contrarios llevando tanta pujanza. Mas como los vió quedos y con semblante de no rehusar batalla, mandó al capitan Mercadillo que con sus caballos anduviese sobresaliente, ó para contra los indios contrarios, ó para remediar otra cualquier necesidad; y dijo á sus indios, que arremetiesen á los otros, y por allí se comenzó la batalla que llaman de las Salinas, obra de media legua del Cuzco. Entraron en la ciénaga los arcabuceros de Pedro de Vergara, y desbarataron una compañía de caballos contrarios, que fué gran desman para los de Orgoños, que conociendo el daño, hizo soltar un tiro, el cual mató cinco españoles de Pizarro, y atemorizó los otros; pero Fernando Pizarro los animó bien y á sazón, y dijo á los arcabuceros que tirasen á las picas arboladas, y quebraron mas de cincuenta dellas, que mucha falta hicieron á los de Almagro. Orgoños hizo señal de romper con los enemigos; y como se tardaban algo los suyos, arremetió con su escuadron solamente á Fernando Pizarro, que guiaba el lado izquierdo de su ejército con Alonso de Albarado. Esperó dos españoles con su lanza, tiró una estocada á un criado de Fernando Pizarro, pensando que su amo fuese, y metióle por la boca el estoque. Hacia Orgoños maravillas de su persona; mas duró poco tiempo, porque cuando arremetió le pasaron la frente con un perdigon de arcabuz, de que vino á perder la fuerza y la vista. Fernando Pizarro y Alonso de Albarado encontraron los enemigos de través, y derribaron cincuenta dellos, y los mas juntamente con los caballos. Acudieron luego los de Almagro y Gonzalo Pizarro por su parte, y pelearon todos, como españoles, bravísimamente, mas vencieron los Pizarros y usaron cruelmente de la vitoria, aunque cargaron la culpa dello á los vencidos con Albarado en el puente de Abancay, que no eran muchos y querianse vengar. Estando Orgoños rendido á dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando tambien uno tendido y á las ancas al capitan Rui Diaz, le dió otro una lanzada que lo mató, y así mataron otros muchos después que sin armas los vieron; Samaniego á Pedro de Lerma á puñaladas en la cama, de noche. Murieron peleando los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Albarado, y tantos españoles, que si los indios, como lo habian platicado, dieran sobre los pocos y heridos que quedaban, los pudieran fácilmente acabar. Mas ellos se embebieron en despojar los caídos, dejándolos en cueros, y en robar los reales, que nadie los guardaba, porque los vencidos huían, y los vencedores perseguian. Almagro no peleó por su indisposicion; miró la batalla de un recuesto, y metióse en la fortaleza como vió vencidos los suyos. Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado lo siguieron y prendieron, y lo echaron en las prisiones en que los habia tenido.

Muerte de Almagro.

Con la vitoria y prendimiento de Almagro, enriquecieron unos y empobrecieron otros, que usanza es de guerra, y mas de la que llaman civil, por ser hecha entre ciudadanos, vecinos y parientes. Fernando Pi-

zarro se apoderó del Cuzco sin contradicción, aunque no sin murmuración. Dió algo á muchos, que á todos era imposible; mas como era poco para lo que cada uno que con él se halló en la batalla pretendía, envió los mas á conquistar nuevas tierras donde se aprovechasen; y por no quedar en peligro ni cuidado, enviaba los amigos de Almagro con los suyos. Envió tambien á los Reyes, en son de preso, á don Diego de Almagro, porque los amigos de su padre no se amotinassen con él. Hizo proceso contra Almagro, publicando que para enviarlo juntamente con él preso á los Reyes, y de allí á España; mas como le dijeron que Mesa y otros muchos habían de salir al camino y soltarlo, ó porque lo tenía en voluntad, por quitarse de ruido sentenciólo á muerte. Los cargos y culpas fueron que entró en el Cuzco mano armada; que causó muchas muertes de españoles; que se concertó con Mango contra españoles; que dió y quitó repartimientos sin tener facultad del Emperador; que había quebrado las treguas y juramentos; que había peleado contra la justicia del Rey en Abancay y en las Salinas. Otras hubo tambien que callo por no ser tan acriminadas. Almagro sintió grandemente aquella sentencia. Dijo muchas lástimas y que hacían llorar á muy duros ojos. Apeló para el Emperador; mas Fernando, aunque muchos se lo rogaron abincadamente, no quiso otorgar la apelación. Rogóselo él mismo, que por amor de Dios no le matase, diciendo que mirase cómo no le había él muerto, pudiendo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los había tenido en poder; que mirase cómo él había sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, á la cumbre de honra y riqueza que tenía; dijole que mirase cuán viejo, flaco y gotoso estaba, y que revocase la sentencia por apelación para dejalle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes dias que le quedaban, para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro á estas palabras, que ablandaran un corazón de acero, y dijo que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte. El replicó que pues Cristo la temió, no era mucho temella él; mas que se conhortaria con que, según su edad, no podía vivir mucho. Estuvo Almagro recio de confesar, pensando librarse por allí, ya que por otra vía no podía. Empero confesóse, hizo testamento, y dejó por herederos al Rey y á su hijo don Diego. No quería consentir la sentencia, de miedo de la ejecución, ni Fernando Pizarro otorgar la apelación, porque no la revocasen en consejo de Indias, y porque tenía mandamiento de Francisco Pizarro. En fin la consintió. Ahogáronle, por muchos ruegos, en la cárcel, y después lo degollaron públicamente en la plaza del Cuzco, año de 1540. Muchos sintieron mucho la muerte de Almagro y lo echaron menos; y quien mas lo sintió, sacando á su hijo, fué Diego de Albarado, que se obligó al muerto por el matador, y que libró de la muerte y de la cárcel al Fernando Pizarro, del cual nunca pudo sacar virtud sobre aquel caso, por mas que se lo rogó; y así, vino luego á España á querrelar de Francisco Pizarro y de sus hermanos, y á demandar la palabra y pleitesía á Fernando Pizarro delante el Emperador, y andando en ello, murió en Valladolid, donde la corte estaba; y porque murió en tres ó cuatro dias, dijeron

algunos que fué de yerbas. Era Diego de Almagro natural de Almagro; nunca se supo de cierto quién fué su padre, aunque se procuró. Decían que era clérigo y no sabía leer. Era esforzado, diligente, amigo de honra y fama; franco, mas con vanagloria; ca quería supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces maltrataba de lengua y manos. Perdonó mas de cien mil ducados, rompiendo las obligaciones y conocimientos á los que fueron con él al Chili. Liberalidad de príncipe mas que de soldado; pero cuando murió, no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto él menos cruel fué, ca nunca quiso matar hombre que tocase á Francisco Pizarro. Nunca fué casado, empero tuvo un hijo en una india de Panamá, que se llamó como él, y que se crió y enseñó muy bien; mas acabó mal, como después diremos.

Las conquistas que se hicieron tras la muerte de Almagro.

Pedro de Valdivia fué con muchos españoles á continuar la conquista de Chili, que Almagro comenzó. Pobló, y comenzó á contratar con los naturales, que lo habían recibido pacíficamente, aunque con engaño; ca luego en cogiendo el grano y cosas de comer, se armaron y dieron tras los cristianos, y mataron catorce españoles que andaban fuera de poblado. Valdivia fué al socorro, dejando en la ciudad la mitad de la gente con Francisco de Villagran y Alonso de Monroy. Entre tanto vinieron hasta ocho mil chileses sobre la ciudad. Salieron á ellos Villagran y Monroy con treinta de caballo y otros algunos de pie, y pelearon desde la mañana hasta que los despartió la noche, y todos holgaron dello, los nuestros de cansados y heridos con flechas, los indios por la carnicería que de los suyos había y por las fieras lanzadas y cuchilladas que tenían; aunque no por eso dejaron las armas, antes daban guerra siempre á los españoles, y no les dejaban indio de servicio, á cuya falta los nuestros mismos cavaban, sembraban y hacían las otras cosas que para se mantener son necesarias. Mas con todo este trabajo y miseria, descubrieron mucha tierra por la costa, y oyeron decir que había un señor, dicho Leuchen Golma, el cual juntaba docientos mil combatientes para contra otro rey vecino suyo y enemigo, que tenía otros tantos, y que Leuchen Golma poseía una isla, no lejos de su tierra, en que había un grandísimo templo con dos mil sacerdotes; y que mas adelante había amazonas, la reina de las cuales se llamaba Guanomilla, que suena cielo oro, de donde argüian muchos ser aquella tierra muy rica; mas pues ella está, como dicen, en cuarenta grados de altura, no terná mucho oro; empero ¿qué digo yo, pues aun no han visto las Amazonas, ni el oro, ni á Leuchen Golma, ni la isla de Salomon, que llaman por su gran riqueza? Gomez de Albarado fué á conquistar la provincia de Guanuco; Francisco de Chaves á guerrear los conchucos, que molestaban á Trujillo y á sus vecinos, y que traían un idolo en su ejército, á quien ofrecían el despojo de los enemigos, y aun sangre de cristianos. Pedro de Vergara fué á los Bracamoros, tierra junto al Quito por el norte, Juan Perez de Vergara fué hácia los Chachapoyas, y Alonso de Mercadillo á Mullubamba, y Pedro de

Candía á encima del Collao; el cual no pudo entrar donde, iba por la maleza de aquella tierra ó por la de su gente, ca se le amotinó mucha della, que amigos eran de Almagro, con Mesa, capitán de la artillería de Pizarro. Fué allí Fernando Pizarro y degolló al Mesa por amotinador y porque había dicho mal de Pizarros, y tratado de ir á soltar á Diego de Almagro si á los Reyes lo llevasen. Dió los trecientos hombres de Candía á Peranzures, y enviólo á la misma tierra y conquista. Desta manera se desparcieron los españoles, y conquistaron mas de setecientas leguas de tierra en largo, leste ó casi oeste, con admirable presteza, aunque con infinitas muertes. Fernando y Gonzalo Pizarro sujetaron entonces el Collao, tierra rica de oro, que chapán con ello los oratorios y cámaras, y abundante de ovejas, que son algo acamalladas de la cruz adelante, aunque mas parecen ciervos. Las que llaman pacos crían lana muy fina; llevan tres y cuatro arrobas de carga, y aun sufren hombres encima; mas andan muy despacio: cosa contra la impaciente cólera de los españoles. Cansadas, vuelven la cabeza al caballero y echanle una hedionda agua. Si mucho se cansan, cáense, y no se levantan hasta quedar sin peso ninguno, aunque las matasen á palos. Viven en el Collao los hombres cien años y mas, carecen de maíz y comen unas raíces que parecen turmas de tierra, y que llaman ellos papas. Tornóse Fernando Pizarro al Cuzco, donde se vió con Francisco Pizarro, que hasta entonces no se habían visto desde antes que Almagro fuese preso. Hablaron muchos dias sobre lo hecho y en cosas de gobernación. Determinaron que Fernando viniese á España á dar razon de ambos al Emperador, con el proceso de Almagro, y con los quintos y relaciones de cuantas entradas habían hecho. Muchos de sus amigos, que sabían las verdades, aconsejaron al Fernando Pizarro que no viniese, diciendo que no sabían cómo tomaría el Emperador la muerte de Almagro, especial estando en corte Diego de Albarado, que los acusaba, y que muy mejor negociarían desde allí que allá. Fernando Pizarro decía que le había de hacer grandes mercedes el Emperador por sus muchos servicios, y por haber allanado aquella tierra, castigando por justicia á quien la revolviere. A la partida rogó á su hermano Francisco que no se fiase de almagrista ninguno, mayormente de los que fueron con él al Chili; porque los había él hallado muy constantes en el amor del muerto, y avisólo que no los dejase juntar, porque le matarían; ca él sabía cómo en estando juntos cinco dellos, trataban de lo matar. Despidióse con tanto, vino á España y á la corte con gran fausto y riqueza; mas no se tardó mucho que lo llevaron de Valladolid á la Mota de Medina del Campo, de donde aun no ha salido.

La entrada que Gonzalo Pizarro hizo á la tierra de la Canela.

Entre las otras cosas que Fernando Pizarro tenía de negociar con el Emperador, ala gobernación del Quito para Gonzalo, su hermano, y con tal confianza hizo Francisco Pizarro gobernador de aquella provincia al susodicho Gonzalo Pizarro. El cual, para ir allá y á la tierra que llamaban de la Canela, armó docientos españoles, y á caballo los ciento, y gastó en su persona y

compañeros, bien cincuenta mil castellanos de oro, aunque los mas prestó. Tuvo en el camino algunos encuentros con indios de guerra. Llegó al Quito; reformó algunas cosas del gobierno, proveyó su ejército de indios de carga y servicio, y de otras muchas cosas necesarias á su jornada; y partióse en demanda de la Canela, dejando en Quito por su teniente á Pedro de Puelles, con docientos y mas españoles, con ciento y cincuenta caballos, con cuatro mil indios y tres mil ovejas y puercos. Caminó hasta Quijos, que es al norte de Quito, y la postrera tierra que Guaynacapa señoreó. Saliéronle allí muchos indios como de guerra, mas luego desaparecieron. Estando en aquel lugar tembló la tierra terriblemente, y se hundieron mas de sesenta casas, y se abrió la tierra por muchas partes. Hubo tantos truenos y relámpagos, y cayó tanta agua y rayos, que se maravillaron. Pasó luego unas sierras, donde muchos de sus indios se quedaron helados, y aun allende del frio, tuvieron hambre. Apresuró el paso hasta Cumaco, lugar puesto á las faldas de un volcan, y bien proveído. Allí estuvo dos meses, que un solo día no dejó de llover, y así, se les pudrieron los vestidos. En Cumaco y su comarca, que cae bajo, ó cerca de la Equinocial, hay la canela que buscaban. El árbol es grande, y tiene la hoja como de laurel, y unos capullos como de bellotas de alcornoque. Las hojas, tallos, corteza, raíces y fruta son de sabor de canela, mas los capullos es lo mejor. Hay montes de aquestos árboles, y crían muchos en heredades para vender la especería, que muy gran trato es por allí. Andan los hombres en carnes, y atan lo suyo con cuerdas que ciñen al cuerpo; las mujeres traen solamente pañicos. De Cumaco fueron á Coca, donde reposaron cincuenta dias y tuvieron amistad con el Señor. Siguiéron la corriente del río que por allí pasa, y que muy caudaloso es. Anduvieron cincuenta leguas sin hallar puente ni paso; mas vieron cómo el río hacia un salto de docientos estados con tanto ruido, que ensordecía; cosa de admiración para los nuestros. Hallaron una canal de peña tajada, no mas ancha que veinte piés, por do entraba el río; la cual, á su parecer, era honda otros docientos estados. Los españoles hicieron una puente sobre aquella canal, y pasaron á la otra parte, que les decían ser mejor tierra, aunque algo se lo defendieron los de allí; fueron á Guema, tierra pobre y hambrienta, comiendo frutas, yerbas, y unos como sarmientos, que sabían á ajos. Llegaron, en fin, á tierra de gente de razon, que comían pan y vestían algodón; mas tan lloviosa, que no tenían lugar de enjugar la ropa. Por lo cual, y por las ciénagas y mal camino, hicieron un bergantín; que la necesidad los hizo maestros. La brea fué resina, la estopa camisas viejas y algodón, y de las herraduras de los caballos muertos y comidos labraron la clavazon; y á tanto llegaron, que comieron los perros. Metió Gonzalo Pizarro en el bergantín el oro, joyas, vestidos y otras cosillas de rescate, y diólo á Francisco de Orellana en cargo, con ciertas canoas en que llevase los enfermos y algunos sanos para buscar provision. Caminaron docientas leguas, según les pareció, Orellana por agua y Pizarro por la ribera, abriendo camino en muchas partes á fuerza de manos y fierro. Pasaba de una ribera á otra por mejor

rar camino; mas siempre paraba el bergantín do él hacia su rancho. Como en tanta tierra no hallase comida ni riqueza ninguna de aquellas del Cuzco, Collado, Jauja y Pachacama, renegaban los suyos. Preguntó si había el río abajo algun pueblo abastado, donde reposar y comer pudiesen. Dijéronle que á diez soles había una buena tierra, y dieron por señal que se juntaba en ella otro gran río con aquel. Con esto envió á Orellana que le trajese comida de allí, ó le esperase á la junta de los ríos; mas ni volvió ni esperó, sino fué, como en otra parte se dijo, el río abajo, y él caminó sin parar y con gran trabajo, hambre y peligro de ahogarse en ríos que topó. Cuando llegó al puesto, y no halló el bergantín en que llevaba su esperanza y hacienda, cuidaron él y todos perder el seso, ca no tenían piés ni salud para ir adelante, y temían el camino y montañas pasadas, donde habían muerto cincuenta españoles y muchos indios. Dieron finalmente la vuelta para Quito, tomando á la ventura otro camino; el cual, aunque bellaco, no fué tan malo como el que llevaron. Tardaron en ir y volver año y medio. Caminaron cuatrocientas leguas. Tuvieron gran trabajo con las continuas lluvias. No hallaron sal en las mas tierras que anduvieron. No volvieron cien españoles, de docientos y mas que fueron. No volvió indio ninguno de cuantos llevaron, ni caballo, que todos se los comieron, y aun estuvieron por comerse los españoles que se morían, ca se usa en aquel río. Cuando llegaron donde había españoles, besaban la tierra. Entraron en Quito desnudos y llagadas las espaldas y piés, porque vieses cuáles venían; aunque los mas traían cueras, caperuzas y abarcas de venado. Venían tan flacos y desfigurados, que no se conocían; y tan estragados los estómagos del poco comer, que les hacia mal lo mucho y aun lo razonable.

La muerte de Francisco Pizarro.

Vuelto que fué Francisco Pizarro á los reyes, procuró hacer su amigo á don Diego de Almagro; mas él no quería, ni aun mostró serlo; porque de suyo y por consejo de Juan de Rada, á quien el padre le encomendará cuando murió, estaba puesto en tomar venganza del, matándole. Pizarro le quitó los indios, porque no tuviese qué dar de comer á los de Chile que se llegaban, pensando necesitarlo por allí á que viniese á su casa, y estorbar la junta y monopodio que contra él podían hacer. El y ellos se indignaron mucho mas por esto, y traían, aunque á escondidas, cuantas armas podían á casa de don Diego. Avisaron dello á Pizarro; mas él no hizo caso, diciendo que harta mala ventura tenía sin buscar mas. Ataron una noche tres sogas de la picota; y pusieronlas, una en derecho de casa de Pizarro, otra del teniente y doctor Juan Velazquez, y otra del secretario Antonio Picado; mas ningun castigo ni pesquisa por ello se hizo, que dió mucha osadía á los almagristas; y así, vinieron de docientas y mas leguas muchos á tratar con don Diego la muerte de Pizarro; que á río vuelto, ganancia de pescadores. No querían matarle, aunque determinados estaban, hasta ver primero respuesta de Diego de Almagro; que, como dije, había ido á España á acusar á los Pizarros; mas apresuraron-

se á ello con la nueva que iba, el licenciado Vaca de Castro, y con que les decían que Pizarro los quería matar; lo cual, si verdad no era, fué malicia de algunos que, deseando la muerte de Pizarro, tiraban la piedra y escondían la mano. Tornaron á decir á Pizarro, como sin duda ninguna le querían matar, que se guardase. El respondió que las cabezas de aquellos guardarían la suya; y que no quería traer guarda, porque no dijese Vaca de Castro que se armaba contra él. Fué Juan de Rada con cuatro compañeros á casa de Pizarro, á descubrir lo que allá pasaba. Preguntóle por qué quería matar á don Diego y á sus criados. Juró Pizarro que tal no quería ni pensaba; mas antes ellos lo querían matar á él, segun muchos le certificaban, y para eso compraban armas. Rada respondió, que no era mucho que comprasen ellos corazas, pues él compraba lanzas. Atrevida y determinada respuesta, y gran desconfianza y desprecio del Pizarro, que, oyendo aquello y sabiendo lo otro, no lo prendía. Pidióle Rada licencia para irse don Diego de aquella tierra con sus criados y amigos. Pizarro, que no entendía la disimulación, cogió unas naranjas, ca se paseaba en el jardín, y dióselas, diciendo que eran de las primeras de aquella tierra, y si tenía necesidad, que la remediara. Con tanto Rada se despidió, y se fué á contar esta plática á los conjurados, que juntos estaban; los cuales determinaron de matar á Pizarro estando en misa el día de Sant Juan. Uno de los determinados descubrió la conjuración al cura de la iglesia Mayor; el cual habló luego aquella noche á Picado y al mismo Pizarro, dándole noticia de la traición. Pizarro, que cenando estaba con sus hijos, se demudó algo; mas de ahí á un poco dijo que no lo creía, porque no había mucho que Juan de Rada le habló, y que el descubridor decía aquello por echarle cargo. Envío con todo por Juan Velazquez, su teniente; y como no vino, por estar en la cama malo, fué luego allá con solo Antonio Picado y unos pajes con hachas, y dijo al doctor que remediasse aquel monopodio. El respondió que podía estar seguro, teniendo él la vara en la mano. De Picado me maravillo, que no avivó la tibieza del Gobernador, ni del teniente en remediar tan notorio peligro. Pizarro descuidó con su teniente, y no fué á la iglesia, siendo día de Sant Juan, por los conjurados, que propuesto tenían de matarlo en misa; mas oyóla en casa. El teniente, Francisco de Chaves y otros caballeros se fueron, saliendo de misa mayor, á comer con Pizarro, y cada vecino á su casa. Viendo los conjurados que Pizarro no salió á misa, entendieron cómo eran descubiertos, y aun perdidos, si no hacían presto. Eran muchos los de Chile, que favorecían á don Diego, y pocos los escogidos y ofrecidos al hecho; ca no querían mostrarse hasta ver cómo salía el trato que traía Juan de Rada. Él, que mañoso era y esforzado, tomó luego once compañeros muy bien armados, que fueron Martín de Bilbao, Diego Mendez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Narvaez, San Millán, Porras, Velazquez, Francisco Nuñez; y como todos estaban comiendo, fué adonde Pizarro comía, las espadas sacadas, y voceando por medio de la plaza: «Muera el tirano, muera el traidor, que ha hecho matar á Vaca de Castro.» Esto decían por indignar

la gente. Pizarro, sintiendo las voces y ruido, conoció lo que era, cerró la puerta de la sala. Dijo á Francisco de Chaves que la guardase con hasta veinte hombres que dentro había, y entróse á armar. Rada dejó un compañero á la puerta de la calle, que dijese cómo ya era muerto Pizarro, para que acudiesen á lo favorecer todos los de Chile, que serían docientos, y subió con los otros diez. Chaves abrió la puerta, pensando detenerlos y amansarlos con su autoridad y palabras. Ellos, por entrar antes que cerrasen, diéronle una estocada por respuesta. El echó mano á la espada, diciendo: «¿Cómo, señores! ¿y á los amigos también?» Y diéronle luego una cuchillada, que le llevó la cabeza á cercen, y rodó el cuerpo las escaleras abajo. Como esto vieron los que dentro estaban, descolgáronse por las ventanas á la huerta, y el doctor Velazquez el primero, con la vara en la boca, porque no le embarazase las manos. Solamente quedaron, y pelearon en la sala siete; los dos quedaron heridos y los cinco muertos, Francisco Martín de Alcántara, medio hermano de Pizarro; Vargas y Escandon, pajes de Pizarro; un negro, y otro español criado de Chaves. Defendieron la puerta de la cámara do se armaba Pizarro, una pieza. Cayeron los pajes muertos. Salió Pizarro bien armado, y como no vió mas de á Francisco Martín, dijo: «¡A ellos, hermano; que nosotros bastamos para estos traidores!» Cayó luego Francisco Martín, y quedó solo Francisco Pizarro, esgrimiendo la espada tan diestro, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese. Rempujó Rada á Narvaez, en que se ocupase. Embarazado Pizarro en matar aquel, cargaron todos en él, y retrujéronlo á la cámara, donde cayó de una estocada que por la garganta le dieron. Murió pidiendo confesión, y haciendo la cruz, sin que nadie dijese «Dios te perdone», á 24 de junio, año de 1541. Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán en Navarra. Nació en Trujillo, y echáronlo á la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconociólo después el padre, y traíalo á guardar los puercos, y así no supo leer. Dióles un día mosca á sus puercos, y perdiólos. No osó torbiar á casa de miedo, y fué á Sevilla con unos caminantes, y de allí á las Indias. Estuvo en Santo Domingo, pasó á Uraba con Alonso de Hojeda, y con Vasco Nuñez de Balboa á descubrir la mar del Sur, y con Pedrarias á Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman el Perú, á costa de la compañía que tuvieron él y Diego de Almagro y Hernando Luque. Halló y tuvo mas oro y plata que otro ningun español de cuantos han pasado á Indias, ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo. No era franco ni escaso; no pregonaba lo que daba. Procuraba mucho por la hacienda del Rey. Jugaba largo con todos, sin hacer diferencia entre buenos y ruines. No vestía ricamente, aunque muchas veces se ponía una ropa de martas que Fernando Cortés le envió. Holgaba de traer los zapatos blancos y el sombrero, porque así lo traía el Gran Capitán. No sabía mandar fuera de la guerra, y en ella trataba bien los soldados. Fué grosero, robusto, animoso, valiente y honrado; mas negligente en su salud y vida.

Lo que hizo don Diego de Almagro después de muerto Pizarro.

Al ruido que mataban al gobernador Pizarro acudieron sus amigos, y á las voces que ya era muerto venían los de Almagro; y así, hubo muchas cuchilladas y muertes entre pizarristas y almagristas; mas cesaron presto, porque los matadores hicieron que don Diego cabalgase luego por la ciudad, diciendo que no había otro gobernador ni aun rey sino él en el Perú. Saquearon la casa de Pizarro, que rica estaba, y la de Antonio Picado y otros muchos y ricos hombres. Tomaron las armas y caballos á cuantos vecinos no querían decir «Viva don Diego de Almagro», aunque pocos osaron contradecir al vencedor. Hicieron también que los del regimiento y oficiales del Rey recibiesen y jurasen por gobernador al don Diego hasta mandar otra cosa el Emperador. Todo lo pudieron hacer á su salvo, por estar Fernando Pizarro en España, y Gonzalo en lo de la canela; que si entrambos ó el uno estuviera allí, quizá no le matarían. Estaba en tanto por enterrar el cuerpo de Francisco Pizarro, y había muchos llantos de mujeres allí en los Reyes, por los maridos que tenían muertos y heridos; y no osaban tocar á Francisco Pizarro sin voluntad de don Diego y de los que lo mataron. Juan de Barbarán y su mujer hicieron á sus negros llevar los cuerpos de Francisco Pizarro y de Francisco Martín á la iglesia; y con licencia de don Diego los sepultaron, gastando de suyo la cera y ofrenda, y aun escondieron los hijos, porque no los matasen aquellos, que andaban encarnizados. Don Diego quitó y puso las varas de justicia como leplugo, echó preso al doctor Velazquez y Antonio Picado, Diego de Agüero, Guillen Juárez, licenciado Carabajal, Barrios, Herrera y otros. Hizo su capitán general á Juan de Rada, y dió cargos y capitanías á García de Albarado, á Juan Tello, á otro Francisco de Chaves y á otros, en el ejército que juntó, de ochocientos españoles. Tomó los bienes de los defuntos y ausentes, y los quintos del Rey, que fueron muchos, para dar á los soldados y capitanes. Hubo entrellos pasión sobre mandar, y quisieron matar á Juan de Rada, que lo mandaba todo. Y por eso, hizo don Diego dar un garrote á Francisco de Chaves y castigó á muchos otros, y aun degolló á Antonio de Origuéla, recién llegado de España, porque dijo en Trujillo que todos aquellos eran tiranos. Escribió don Diego á todos los pueblos que lo admitiesen por gobernador, y muchos dellos lo admitieron por amor de su padre, y algunos por miedo. Alonso de Albarado, que con cien españoles estaba en los Chachapoyas, prendió los mensajeros que tales nuevas y recado llevaban. Don Diego despachó luego que lo supo á García de Albarado por mar á Trujillo y á Sant Miguel para tomar las armas y caballos á los vecinos que favorecían á Alonso de Albarado, con las cuales fuese sobre él. García de Albarado tomó en Piura mucha plata y oro, que los vecinos tenían en Santo Domingo, y lo dió á los soldados, y ahorcó á Montenegro, y prendió á muchos; y en Trujillo quitó el cargo á Diego de Mora, teniente de Pizarro, porque avisaba de todo á Alonso de Albarado, y en Sant Miguel cortó las cabezas á Villegas, á Francisco de Vozmediano y Alonso de Cabrera, mayordomo de Pizarro, que con los españoles de Guanuco huían de don Diego. Diego Men-